

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS



EL SIGLO DE

Aguila Roja



EL SIGLO DE



Aguila Roja

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Basada en la serie de TV *Águila Roja*

© José Ángel Mañas Hernández, 2014

© Corporación RTVE, S. A., 2014

© Globo Media, S. A., 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: © Globomedia

Primera edición: octubre de 2014

Depósito legal: B. 12.066-2014

ISBN 978-84-08-13156-4

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

<i>Dramatis personae</i>	7
<i>Nota introductoria</i>	11
Prólogo	13
I. Diálogo sobre los orígenes del Imperio español y el porqué de su rápida decadencia	17
II. El conde duque de Olivares y la conspiración de las mujeres	27
III. Más sobre Felipe IV, el Rey Planeta	43
IV. Diálogo sobre la piratería en las Américas o el Nuevo Mundo	55
V. La entrada en Madrid, capital de dos mundos... y de la basura	69
VI. Con la Iglesia hemos topado, Sancho	87
VII. Discusión sobre la nobleza en las gradas de San Felipe	101
VIII. Diálogo sobre el ejército y las armas	115
IX. Discurso del Comisario sobre el ejercicio del poder	127
X. Dos campesinos en la calle Mayor	143
XI. En el corral de comedias	155
XII. Los pícaros de la plazuela de Herradores	169
XIII. La procesión	181
XIV. Debate sobre los médicos y la medicina	187
XV. En la calle de la Montera	201
XVI. A propósito de las mujeres	215

I

Diálogo sobre los orígenes del Imperio español y el porqué de su rápida decadencia



Los españoles. ¡Los españoles!... Esos hombres quisieron ser demasiado.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Para atravesar el barranco de la calle Leganitos era menester cruzar un pequeño puente que pasaba junto a la huerta, llamada también como la calle. Por abajo, de la fuente de Leganitos brotaba un arroyuelo que desembocaba enseguida en el Manzanares. Nuestros dos amigos no llegaron a cruzar y bajaron por el Camino del Río, desde donde se podía empezar a ver, a mano izquierda, por encima de la tapia de los jardines del Campo del Moro, la fachada del Alcázar.

El anticuado palacio real, en lo alto de su cerro, tenía una vista espectacular sobre las lomas bajas del Guadarrama, coronadas aún por una pizca de nieve a esas alturas del año, y era más famoso por su localización y su vetustez que por su arquitectura.

Pese a que sus orígenes se remontaban a los tiempos de Pedro I de Castilla, el edificio había sido reconstruido por los primeros Austrias para ser residencia real permanente. A su vez, Felipe IV lo había mejorado, añadiéndole pabellones, agrandando claraboyas y haciendo dorar unos salones cuyas paredes de mármol y jaspes costaron muchos miles de ducados, y decorando el conjunto con hermosos cuadros de Tiziano, Rubens, Velázquez,

Murillo... Era asimismo sabido que durante las reformas había mandado abrir, a instancias del conde duque de Olivares, numerosas entradas y salidas secretas y discretas mirillas para supervisar las deliberaciones de sus Consejos.

Con todo, el palacio no dejaba de ser un caserón inmenso y destartelado, con grandes estancias poco claras, algunas admirablemente amuebladas, otras conservadas en un estado misérrimo. Un lugar incomparable para la intriga política pero tan tétrico, solemne y aburrido como la asfixiante etiqueta que regulaba la vida de sus moradores.

—Mire allá, en lo alto, cómo en el Alcázar siguen durmiendo, amo. Es lo que tiene darse buena vida, vivir a cuerpo de rey, que así se dice... Seguro que nuestro Felipe está ahora mismo sacando los pies de la cama, entre bostezos, esperando a que lo vistan sus ayudas de cámara y a que lo preparen para la procesión de la tarde... Me pregunto qué tendrá el Señor contra mí, que me ha hecho escudero de usted y no menino o infante como el Carlitos, el hijo de Mariana, que a ese no lo arrastra fuera de la cama nadie, amo.

—¿Podemos cambiar un poco de cantinela, Sátur, por favor?

—Si ya la estoy cambiando, amo. Si ahora me está dando por preguntar por qué Dios no me ha hecho a mí rey de los españoles en vez de criado suyo. ¿Tiene respuesta para eso? ¿Sabe por qué me ha tocado a mí interpretar un personaje tan secundario? No, ¿verdad? Pues como no puede explicarme lo esencial, contésteme al menos a lo otro, aunque solo sea para entretenernos en este paseíllo tan absurdo al que me está arrastrando...

—¿Qué quieres saber, Sátur?

—Cuénteme, ya que hablamos del Alcázar, amo, cómo llegó la familia de nuestro Felipe a ser rey, ande. Porque siempre andamos con los Austrias por aquí y los Austrias por allá, y a mí se me hace raro tanto austriaco, cuando se supone que son reyes de España, y digo yo que tendrán que descender de los Reyes Católicos y de los Trastámara, ¿no?

Se iban acercando al Manzanares y a mano de lanza, al otro lado del arroyo de Leganitos, quedaba la montaña del Príncipe Pío, el altozano perteneciente a Pío de Saboya, casado desde mediados de siglo con la marquesa de Castel Rodrigo. De allí hacia el norte arrancaba el paseo de la Florida, una espléndida propiedad con huerta y jardines, vendida en tiempos de Felipe III al arzobispo de Toledo, quien a su vez la regaló al entonces valido del monarca, el duque de Lerma, el cual hizo donación de ella a la Compañía de Jesús. La finca había pasado por diversas manos hasta llegar al marqués de Castel Rodrigo, quien había transformado los dos pisos del edificio, rodeándolos de jardincillos con estatuas italianas, fuentes y plantas aromáticas. El terreno llegaba hasta el llamado Prado Nuevo, una calle ancha, muy agradable, con dos hileras de olmos bajando hasta el río. Y al fondo del paseo había otra huerta con su correspondiente palomar, recién comprada por el marqués de Eliche, el cada vez más influyente hijo del que fuera valido de Felipe IV, don Luis de Haro, para construir un palacete que pronto rivalizaría con el de la Florida.

—No me digas que no conoces la historia de los Austrias, Sátur.

—Pues, no, amo, mire por dónde.

—Pues descienden de los Reyes Católicos, pero por su hija, Juana la Loca, que casó con Felipe el Hermoso.

—Ah, eso ya me suena. ¿Y cómo es que a la pobre chica esa, que tenía la cabeza como un requesón, la casaron con semejante pollo? Porque supongo que no será solo por las buenas hechuras del mozo...

—En realidad fue por motivos políticos. Los Reyes Católicos llevaron a cabo una política matrimonial ambiciosa y unieron sus hijos a las principales casas de Europa: Inglaterra, Portugal y, por encima de las demás, la de Austria. Su idea era enlazar con las dinastías reinantes al norte y este de Francia, para contrarrestar la fuerza de los franceses y cercarlos. La pieza maestra de esta política fue un doble matrimonio: el de Juan, único hijo

varón y heredero, con Margarita de Austria; y el de Juana, su tercera hija, con Felipe de Austria, señor de los Países Bajos. Como murió el heredero, Juan, y luego su hermana Isabel, y el hijo de esta, la corona de Castilla recayó en Juana. Y de este modo, por su matrimonio con Felipe, que llegó a ser Felipe I de Castilla, aunque por poco tiempo, se introdujo aquí el linaje de los Austrias.

—Juana la Loca...

—Y como fruto de aquello, y visto que murió Felipe el Hermoso, si no recuerdo mal, en un juego de pelota...

—Sería hermoso pero no muy fuerte, amo.

—... y como a Juana la encerraron en Tordesillas, pues el hijo de ambos, a quien hoy conocemos como Carlos I de España y V de Alemania, heredó los territorios.

—Ahí ya sí que le sigo. Ese fue el que puso aquí todo patas arriba, que cualquier castellano de nuestra edad tiene por lo menos un abuelo comunero que nos ha contado historias. A ese, por lo que siempre he oído, no lo quería nadie. Parece que no hablaba ni papa de español, y que toda su corte eran flamencos, que por eso se pusieron como se pusieron los comuneros, porque el tal Carlos no hacía más que darles poder...

—Efectivamente, Sátur. Carlos nació en Gante, en los Países Bajos, a principios del siglo pasado, y heredó muy jovencito, por la incapacidad de Juana la Loca, que murió, como digo, encerrada en Tordesillas. Él fue quien recibió íntegra toda la herencia de tierras castellanas y además, cuando al poco falleció su abuelo Fernando el Católico, las aragonesas. Es decir, no solo las Españas, sino también las Américas, por parte de Castilla, y, por la de Aragón, las islas Baleares, Sicilia, Cerdeña y los territorios italianos de Nápoles y Sicilia. Y por si no fuera suficiente, como vástago de Felipe el Hermoso, había heredado derechos a los territorios austriacos del Imperio alemán, en tanto que su madre María de Borgoña le legaba el Franco Condado, Borgoña y los Países Bajos, lo que conocemos como Flandes.

—¡Fiuuu! —silbó Sátor—. Lo que se dice medio mundo. Si es que hay quien nace con estrella y hay quien nace estrellado, ¿no es cierto, amo?

—Pues no estoy muy seguro, Sátor, de que Carlos tuviera tanta estrella, porque siendo aún niño falleció su padre, Felipe el Hermoso...

—El que murió jugando a la pelota.

—... y cuando fue proclamado mayor de edad y aterrizó en Castilla, lo primero a lo que tuvo que hacer frente fue a la sublevación de las Comunidades.



LA PRIMERA REVOLUCIÓN MODERNA

Las Comunidades, movimiento fundador del castellanismo, son consideradas hoy una primera revolución moderna. El propio vocablo *comunidad*, que sustituía al *ayuntamiento*, entrañaba modificaciones en las relaciones entre rey y reino, señores y vasallos, poniendo énfasis en la defensa del patrimonio público frente a las pretensiones nobiliarias. Los comuneros consideraban que Juana, encerrada en Tordesillas, estaba cuerda y era la reina legítima de Castilla. Los enfrentamientos con Carlos V y las fuerzas imperiales duraron de 1519 a 1523.

—De eso hemos oído hablar todos. Unos fenómenos: Bravo, Maldonado, Padilla. Los que fueron derrotados y ejecutados en Villalar. Los que querían que volviera a ser reina Juana... Aquí, en la Villa, cuando usted y yo éramos críos, se relataban sus proezas. Eran unos héroes, esos tipos. Y no vea usted la admiración que se les tenía en los pueblos, donde al cabo de los años aún se acuerdan de los pendones carmesí *desgastao*, casi *moraos*, con que se enfrentaron al emperador... Bien que resistieron bravamente contra él y los señores, porque allí

había mucho campesino encabronado en esa revuelta, ¿no es así, amo?

—Eso se dice, Sátur. El caso es que eso fue el principio de unas guerras sin fin a las que tuvo que hacer frente Carlos V, dado que a los levantamientos de Castilla y a la rebelión de las Germanías en los territorios de la Corona de Aragón, les sucedieron los conflictos en los Países Bajos, donde los flamencos se le pusieron a la contra, inflamados por Inglaterra y por Francia, que se sentía amenazada.

—Es que tenía casi toda Europa nuestro Carlos I, ¿no es así, amo? Es normal que los gabachos se sintieran amenazados.

—Por eso arrancaron las primeras guerras contra Francia. Carlos V tuvo nada menos que seis de ellas. En Flandes y en el propio territorio galo, puesto que entre Inglaterra y los Austrias invadieron el reino, y a punto estuvieron de tomar París.² Y por supuesto Italia, otro avispero donde hubo guerras continuas con los franceses y con los príncipes locales. Y a eso se añadieron enfrentamientos con los príncipes alemanes de la Reforma luterana, que le tenían un lógico recelo, porque Lutero, para independizarse del papado, necesitaba la ayuda de aquellos señores, y los cortejó, convirtiéndose en enemigo mortal de Carlos V y de España.

—Siempre muy católicos, los españoles.

—Y no olvidemos la Inglaterra de Enrique VIII que, cansada de agotarse luchando con Francia, empezaba a darse cuenta de que había, al otro lado del Atlántico, un territorio enorme para expandirse y sacar provecho de su cada vez más poderosa armada.³ Y por supuesto seguían los enfrentamientos con los piratas berberiscos en el norte de África, que no paraban de atacar las costas andaluzas y de asaltar nuestros navíos, tomando prisioneros para venderlos como esclavos. Y también estaba el problema con los turcos, que en tiempos de Carlos V renovaron sus incursiones por Europa, por tierra, y se plantaron nada menos que a las puertas de Viena.⁴



CERVANTES PRISIONERO

Al mismo Cervantes se le hizo prisionero el 26 de septiembre de 1575, volviendo de sus campañas en Italia. Desde entonces vivió preso cinco años, y fue liberado gracias a que había conventos en la época que se dedicaban a enviar rescates a los berberiscos. En su caso recuperó la libertad por la intermediación de los hermanos trinitarios, en 1580. Como agradecimiento, a la hora de su muerte, pidió que se le enterrara en el convento de las Trinitarias Descalzas, en Madrid.

—Muchos enemigos son esos. Si ya lo dice el refrán: uno contra todos...

—Por eso no sé yo si se puede decir que naciera con estrella. Carlos V se pasó toda la vida a caballo, viajando de país en país, de batalla en batalla. Acabó agotado por tanta guerra, y al final abdicó en su hijo en una ceremonia solemne en Brujas que impresionó mucho a los hombres de su generación. Dicen que el discurso que pronunció, ante dignatarios de todo el Imperio, en 1555, fue tremendamente emotivo.

—Como para no serlo.

—Y después se retiró a Yuste, a prepararse para la muerte, y efectivamente entregó el alma, dejándole a su hijo Felipe II una herencia a la vez grandiosa y envenenada.

—Lo que yo digo, amo. Mucho enemigo por todas partes para el gran Felipe. Perdón, el Prudente.

—Mucho enemigo y una ambición desmedida, Sátur. La tragedia, cuando se unieron los vástagos de los Reyes Católicos con los Habsburgo, fue que se juntaron el hambre con las ganas de comer. Los Reyes Católicos ya habían realizado una política expansiva en Italia, América y en el norte de África.⁵ Pero además de conquistar, modernizaron la administración y las institu-

ciones de sus reinos y los prepararon para convivir bajo un único poder político.

—Bien suena eso.

—Digamos que todavía mantenían las riendas del caballo y no perdían de vista dónde estaba lo esencial. Pero a esta expansión territorial castellana y aragonesa, los Austrias le añadieron la idea imperial alemana y la noción, tan cara a la casa de los Habsburgo, de una monarquía universal y católica que debía reinar sobre todo el mundo conocido. Un ideal que, por desgracia, el oro de las Américas parecía hacer factible.

—Es que fue mucho el oro que llegó.⁶

—De modo que con los Austrias se rompió el saludable equilibrio que Isabel y Fernando imponían a todo aquello que hacían...

—Tanto monta, monta tanto...

—Los Austrias olvidaron lo cercano por lo remoto, la utilidad por la gloria, y prescindieron de todo proyecto de mejoramiento interno, sacrificándolo a ideales lejanos e impracticables y lanzándonos a un caos de guerras que han durado ciento cincuenta años y que, como vemos, han secado y prácticamente destruido Castilla...

—Eso está muy bien dicho, amo. Que esta tierra ha quedado más seca que la mojama.

—Y así, después de las gestas del siglo pasado, que sentaron las bases del Imperio español, el más vasto que ha conocido el mundo, con posesiones inmensas en todos los continentes, este gigante con pies de barro se ha hundido bajo el peso de su propia grandeza, despilfarrando fuerzas y recursos y agotando su energía en el más rápido proceso de descomposición que la Historia registra. Y eso, Sátor, se lo debemos en buena parte al rey que está en aquel alcázar —señaló, volviendo la cabeza hacia el palacio por encima del cual empezaba a clarear el día—, a su padre y a su señor abuelo.

—Cuesta pensar que en tan poco tiempo se pueda uno cargar tan grande Imperio.

—En realidad, para ser justos, Felipe II, cuando murió, ya había dejado el país en bancarrota. Pero sí es cierto que el cuarto Felipe ha hallado a su advenimiento una España que era aún la nación más poderosa y respetada de Europa, y que en los últimos tiempos se ha visto a punto de ser desmembrada, tras las sublevación de Cataluña, la secesión de Portugal y las revueltas de Aragón y Andalucía, además de haber perdido nuestro prestigio militar y de vivir humillados y al borde de la ruina.

—¿Y cómo hemos llegado a esto, amo?

—Es difícil de decir, Sátur. Se pueden buscar muchas causas, pero ninguna en concreto. No es solo la sangría de la guerra, puesto que también nuestros enemigos se desangran. Ni el derroche de recursos en el Nuevo Mundo, porque lo mismo hacen otros y prosperan. Ni los errores económicos, que también los compartimos, o los abusos del cesarismo: ahí tenemos al Rey Sol en Francia y, una vez vencida la rebelión de La Fronda, le va estupendamente. Tampoco los excesos de la religión, porque todos los países están sumidos en guerras religiosas y son, a su manera, igual de intransigentes. Y no es que seamos una raza de holgazanes, como suponen los extranjeros, ni que hayamos expulsado en este siglo a los moriscos, como hicieron en su momento los Reyes Católicos con los judíos...



LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS

En 1605, bajo el reinado de Felipe III el Piadoso, se expulsó definitivamente a los moriscos. Unas 700.000 personas, la mayoría artesanos, abandonaron el territorio español, dirigiéndose casi todos al norte de África.

—Que eran muchos y trabajaban.

—Supongo que es un cúmulo de circunstancias añadidas que hacen que hayamos derrochado nuestra salud antes de tiem-

po, y que, siendo una nación joven, somos ya viejos y nuestros enemigos se burlan, con razón, de nosotros.

—Todo eso es complicado, amo. Pero ¿usted cómo ve el asunto?

—Yo veo que los españoles hemos querido gobernar el mundo entero. Y ni los buenos castellanos, ni nuestros aliados, ni los frutos de este suelo mal cultivado, ni los impuestos incesantes, ni el oro de Indias serán nunca suficientes para abarcar tanto. En el pecado va la penitencia, Sátur.

—Nos hemos creído que éramos dioses y hemos sido soberbios como el demonio.

—Es una manera de decirlo. Pero por encima de todo, no nos hemos preocupado de ser fuertes dentro. Y sin estar unidos en el interior, es bastante difícil intentar nada fuera. Hemos sido como Quijotes, lanzándonos contra las aspas de hierro de los molinos, sin medir bien nuestras fuerzas.

—Y así nos hemos quedado, que venga a sangrarnos con impuestos. Como dice la copla:

Ya el pueblo doliente
llega a sospechar
que no le echen gabelas
por el respirar.

—Los impuestos no ayudan. Eso también es cierto, Sátur.